

Segunda parte de la vida de
Guzmán de Alfarache
Atalaya de la vida humana



Mateo
Alemán

 Literanda clásicos

Segunda parte de la vida de
Guzmán de Alfarache
Atalaya de la vida humana

Mateo Alemán
(su verdadero autor)



Título original: *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache, Atalaya de la vida humana*

Autor: *Mateo Alemán*

Diseño de portada: Literanda

© de la presente edición: Literanda, 2015

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de los titulares del copyright la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Más ediciones en www.literanda.com

Prolegómenos

Dirigida a don Juan de Mendoza, Marqués de San Germán, Comendador del Campo de Montiel, Gentilhombre de la Cámara de el Rey Nuestro Señor, Teniente General de las Guardas y Caballería de España, Capitán General de los Reinos de Portugal.

En Lisboa. Impreso con licencia de la Sancta Inquisición, por PEDRO CRASBEECK, año de 1604.

Por mandado do Supremo Conselho de Sancta Inquisição, vi e examinei este livro, intitulado Segunda parte de Guzmo de Alfarche, Atalaya de la vida humana, e com as emendas que lhe fiz no fica tendo cousa alguma contra nossa santa fe e bôos costumes; antes me parece que, além do muito engenho e eloquência que nelle mostra o auctor, lhe cabe com muita razo o nome de Atalaya, porque assi como da atalaia se descobrem os perigos e se dá notícia delles aos navegantes e caminheiros, no para cair nelles, seno para os fugir, assi se pode avisar com este livro o curioso leitor, para com elle se prevenir contra muitos males que vo pelo mundo, os evitar e se defender delles. Dada em o collégio de Santo Augustino de Lisboa, a sete de septembro de 1604.

FREI ANTÓNIO FREIRE

Vista a informaço, pode-se imprimir este livro intitulado Segunda parte de Guzman de Alfarache, e depois de impresso torne a este Conselho para se conferir com o original, e se dar licença para correr e sem ella no correrá. Em Lisboa, a nove de setembro de 1604.

MARCO TEIXEIRA RUIPEREZ DA VEGA

Privilégio

Eu, el Rei, faço saber aos que este alvará virem que Mateo Alemo, ora estante nesta cidade, me enviou dizer por sua petição que elle compos a segunda parte do livro intitulado Guzman de Alfarache, atalaia da vida humana, o qual imprimio nesta cidade con licença do Santo Oficio; e me pedia lhe fizesse mercê concederlhe privilégio para por tempo de dez anos nenha pessoa o possa imprimir nem mandar imprimir nem trazer de fora do reino. E vista sua petição, por lhe fazer mercê, ei por bem que por tempo de dez anos impressor nem livreiro algum nem outra pessoa de qualquer calidade que seja no possa imprimir nem mandar imprimir nesta cidade nem trazer do fora do reino o dito livro, salvo as pessoas que para isso tiverem seu poder. E qualquer impressor, livreiro ou outra pessoa que imprimir ou mandar imprimir ou trazer de fora do reino o dito livro durante o dito tempo de dez anos, perderá para elle, Mateo Alemo, todos os volúmes que lhe forem achados; e além disso encorrerá em pena de cincoenta cruzados, ametade pera captivos e a outra ametade pera quem o acusar. E mando a todas as justiças, officiaes e pessoas à que o conhecimento de este pertencer, que cumpro e guardem como nella se contém. O qual ei por bem que valha como carta, posto que o effeito delle aja de durar mais de un ano, sem embargo da ordenação em contrário. Sebastiao Pereira a fez em Lisboa, a quatro de dezembro de mil seiscentos e quatro; Durante Correa o fez escrever.

REI.

A don Juan de Mendoza

Marqués de San Germán, comendador del Campo de Montiel, gentilhombre de la Cámara del Rey Nuestro Señor, teniente general de las Guardas y Caballería de España y capitán general de los reinos de Portugal.

Preguntándole a un filósofo por qué aconsejaba que ninguno se mirase al espejo con luz de vela, respondió que porque, reverberando aquel resplandor en el rostro, lo hacía muy más hermoso y era engaño. Advirtió en esto a los príncipes que no se fiasen mucho de las alabanzas de los oradores, porque con su estilo suave y elegante hermo세aban más las cosas. Conocerá Vuestra Excelencia, siendo notorio a todos —además de ser costumbre mía dejar siempre vacíos que otros llenen, temiendo más la reprehensión del exceso que culpa de corto—, cuán al contrario camino en este propósito, pues la mucha notoriedad me hará pasar en silencio sus grandezas, y las que tocare será como de paso y por la posta, siéndome tan importante hablar de ellas.

Costumbre ha sido usada, y hoy se practica en los actos militares, elegir los combatientes padrinos de quien ser honrados, amparados y defendidos de las demasías, para que igualmente se guarde la justicia en las estacadas o palenques donde se han de tratar sus causas o venirse a juntar con sus contrarios. Ya es conocida la razón que tengo en responder por mi causa en el desafío que me hizo sin ella el que sacó la segunda parte de mi Guzmán de Alfarache. Que, si decirse puede, fue abortar un embrión para en aquel propósito, dejándome obligado, no sólo a perder los trabajos padecidos en lo que tenía compuesto, mas a tomar otros mayores y de nuevo para satisfacer a mi promesa. Espérame ya en el campo el combatiente; está todo el mundo a la mira; son los jueces muchos y varios; inclínase cada uno a quien más lo lleva su pasión y antojo; tiene ganados de mano los oídos, informando su justicia, que no es pequeña ventaja.

Él pelea desde su casa, en su nación y tierra, favorecido de sus deudos, amigos y conocidos, de todo lo cual yo carezco.

Para empresa tan grande, salir a combatir con un autor tan docto, aunque desconocido en el nombre, verdaderamente lo temí, hasta que los rayos del sol de Vuestra Excelencia vivificaron mi helada sangre, alentando mis espíritus, dándome confianza que, deslumbrando con ellos los ojos, no solamente de mi contrario, mas a la misma envidia y murmuración ganaré sin alguna duda la victoria.

¿Quién osará representarme la batalla ni esperarme a ella, cuando sobre mis timbres, principio de este libro, viere resplandecer el esclarecido nombre de Vuestra Excelencia, que lo sale patrocinando? ¿Cuál no se me rendirá con las ventajas que llevo, siendo de las mayores que se han conocido hasta hoy en príncipe?

Si sangre, díganlo las casas de Castro, cabeza de los Mendozas y Velascos, de los Condestables de Castilla, de quien Vuestra Excelencia es hijo y nieto. Y de esto lo dicho basta. Si armas, notorio nos es y ninguno ignora que, asistiendo Vuestra Excelencia los años de su infancia en los estudios de Alcalá de Henares, donde tantas premisas dio de su florido ingenio, viéndose ya mancebo se pasó a Nápoles, llevado de la inclinación y valor militar. Y siendo allí temido por su esfuerzo, respetado por su valor y seguido por la notoria privanza con el virrey su tío, pospuestas estas prendas, que fueran de otros muchos estimadas, tuvo en más el bullicio de las armas en la guerra, que los deleites, paseos y privanzas en la paz; pues dejándolo, se fue a Flandes en seguimiento de la milicia, que tanto allí ejercitaban. Y con una pica, sin sueldo, sin algún entretenimiento ni mando, gustó de ser un particular soldado, buscando las ocasiones en que señalar su ánimo valeroso. Hasta que, ofreciéndose las guerras con Francia, pasó a Milán a servir en las del Piamonte y Saboya, donde gobernando la caballería y después todas las fuerzas que su Majestad tenía en aquellas partes, alcanzó señaladas vitorias, mostrando tanto valor y prudencia, cuanto admirable gobierno. Que, conocido por Monsieur de Ladiguera, que con poderosísimo ejército y muchas cabezas prin-

cipales obtenía la parte de Francia, temió siempre llegar a las manos. Y cuanto una vez lo intentó sobre la Carboneda, hallándose aventajado en el número de soldados, Vuestra Excelencia con muchos menos lo desbarató y rompió, ganándole la mayor victoria que se vio hasta entonces. Y de allí adelante, atemorizados con el sangriento estrago, no se atrevieron más a socorrer plaza.

Y tanto cuanto en la guerra era temido siempre, lo era en la paz y juntamente obedecido y amado, como se conoció en las ocasiones, pues dentro en Ginebra se cumplían sus mandatos de la manera que se hiciera en su propio ejército, viniendo a su llamado los del gobierno de aquella ciudad, cosa ni vista ni oída de otro algún valeroso capitán o príncipe.

Siendo esto así, se decía de sus soldados que tanto cuanto sobrepujaban a los más en valor y esfuerzo eran religiosos, inclinados a toda virtud, por el buen ejemplo que tenían en Vuestra Excelencia, que los gobernaba.

¿En quién, como en Vuestra Excelencia, se podrá hallar tan junto tanto, sangre, armas, prudencia, gobierno y admirable industria? Pues retirándose al Estado de Milán y no pudiéndolo hacer por el ordinario paso, que lo impedía la peste, pasó con todo su ejército armado, y marchando en orden por el valle de Valesanos, tierra de esguízaros, y estaban en aquella ocasión a devoción de Francia, cosa que jamás los hombres vieron, ni los mismos esguízaros, confederados con el Rey Nuestro Señor se lo han permitido, sino que, desarmados, en tropas de doscientos en doscientos, y no más, vayan pasando.

Déjense tantas vitorias y sucesos felices para las crónicas famosas que los esperan, que bien se podrá decir serán las más afortunadas que hasta ellos de otro príncipe alguno se hayan oído. Digan estos reinos la felicidad en que se hallan, que, si fuese posible, comprarían su asistencia con inestimable precio, por la rectitud, humanidad, justicia y amor con que son defendidos y gobernados.

Alargarme más en esto es engolfarme y dificultar la salida, pareciendo cosa increíble concurrir tanto en tan juveniles años. Pues acudiendo a lo dicho, no ha hecho falta en el servicio y corte de su rey, asistiendo en ella, siendo preferido y honrado como uno de los más señalados.

Pues ¿quién duda que quien abrió paso por tan indómita gente lo haga también por entre la tan política y bien morigerada, para que mi libro corra y le den el lugar que, yendo favorecido de tan poderoso príncipe, merece? A quien guarde Nuestro Señor aumentando sus vitorias y nombre, con que más y mejor le sirva.

MATEO ALEMÁN

Lector:

Aunque siempre temí sacar a luz aquesta segunda parte, después de algunos años acabada y vista, que aun muchos más fueran pocos para osar publicarla, y que sería mejor sustentar la buena opinión que proseguir a la primera, que tan a brazos abiertos fue generalmente de buena voluntad recibida, dudé poner en condición el buen nombre, ya porque podría no parecer tan bien o no haber acertado a cumplir con mi deseo, que de ordinario donde mayor cuidado se pone suelen los desgraciados acertar menos.

Mas, viéndome ya como el mal mozo, que a palos y coces lo levantan del profundo sueño, siéndome lance forzoso, me aconteció lo que a los perezosos, hacer la cosa dos veces. Pues, por haber sido pródigo comunicando mis papeles y pensamientos, me los cogieron al vuelo. De que, viéndome, si decirse puede, robado y defraudado, fue necesario volver de nuevo al trabajo, buscando caudal con que pagar la deuda, desempeñando mi palabra.

Con esto me ha sido forzoso apartarme lo más que fue posible de lo que antes tenía escrito. Pecados tuvo Esaú, que, cansado en seguir y matar la caza, causasen llevarle Jacob la bendición.

Verdaderamente habré de confesarle a mi concurrente —sea quien dice o diga quien sea— su mucha erudición, florido ingenio, profunda ciencia, grande donaire, curso en las letras humanas y divinas, y ser sus discursos de calidad que le quedo envidioso y holgara fueran míos. Mas déme licencia que diga con los que dicen que, si en otra ocasión fuera ésta se quisiera servir de ellos, le fueran trabajos tan honrados, que cualquier muy grave supuesto pudiera descubrir su nombre y rostro; mas en este propósito fue meter en Castilla monedas de Aragón. Sucedióle lo que muchas veces vemos en las mujeres, que miradas por facciones cada una por sí es de tanta perfección, que, satisfaciendo al deseo, ni tiene más que apetecer ni el pincel que pintar; empero, juntas todas, no hacen rostro hermoso. Y anduvo discreto haciendo lo que acostumbran los que salen embozados a dar

lanzada, confiados en su destreza; mas, como de suyo son suertes de ventura, si aciertan se descubren, y si la yerran, para siempre se niegan. En cualquier manera que haya sido, me puso en obligación, pues arguye que haber tomado tan excesivo y escusado trabajo de seguir mis obras nació de haberlas estimado por buenas. En lo mismo le pago siguiéndolo. Sólo nos diferenciamos en haber él hecho segunda de mi primera y yo en imitar su segunda. Y lo haré a la tercera, si quisiere de mano hacer el envite, que se lo habré de querer por fuerza, confiado que allá me darán lugar entre los muchos. Que, como el campo es ancho, con la golosina del sujeto, a quien también ayudaría la codicia, saldrán mañana más partes que conejos de soto ni se hicieron glosas a la bella en tiempo de Castillejo.

Advierto en esto que no faciliten las manos a tomar la pluma sin que se cansen los ojos y hagan capaz al entendimiento; no escriban sin que lean, si quieren ir llegados al asunto, sin desencuadrar el propósito. Que haberse propuesto nuestro Guzmán, un muy buen estudiante latino, retórico y griego, que pasó con sus estudios adelante con ánimo de profesar el estado de la religión, y sacarlo de Alcalá tan distraído y mal sumulista, fue cortar el hilo a la tela de lo que con su vida en esta historia se pretende, que sólo es descubrir —como atalaya— toda suerte de vicios y hacer atriaca de venenos varios un hombre perfecto, castigado de trabajos y miserias, después de haber bajado a la más ínfima de todas, puesto en galera por curullero de ella.

Dejemos ahora que no se pudo llamar “ladrón famosísimo” por tres capas que hurtó, aun fuesen las dos de mucho valor y la otra de parches, y que sea muy ajeno de historias fabulosas introducir personas públicas y conocidas, nombrándolas por sus propios nombres. Y vengamos a la obligación que tuvo de volverlo a Génova, para vengar la injuria, de que dejó amenazados a sus deudos, en el último capítulo de la primera parte, libro primero. Y otras muchas cosas que sin quedar satisfechas pasa en diferentes, alterando y reiterando, no sólo el caso, mas aun las propias palabras. De donde tengo por

sin duda la dificultad que tiene querer seguir discursos ajenos; porque los lleva su dueño desde los principios entablados a cosas que no es posible darles otro caza, ni aunque se le comuniquen a boca. Porque se quedan arrinconados muchos pensamientos de que su propio autor aun con trabajo se acuerda el tiempo andando, la ocasión presente, como al rey don Fernando de Zamora para la infanta doña Urraca, su hija.

Esto no acusa falta en el entendimiento, que no lo pudo ser pensar otro mis pensamientos; mas dice temeridad, cuando se sale a correr con quien es necesario dejarlo muy atrás o no venir al puesto.

Si aquí los frasis no fueren tan gallardos, tan levantado el estilo, el decir suave, gustosas las historias ni el modo fácil, doy disculpa, si necedades la tienen, ser necesario mucho, aun para escribir poco, y tiempo largo para verlo y enmendarlo. Mas teniendo hecha mi tercera parte y caminando en ella con el consejo de Horacio para poderla ofrecer, que será muy en breve, no se pudo excusar este paso, como el que lo es tan forzoso a los fines que pretendo. Recibe mi ánimo, que ha sido de servirte, que no siempre corre un tiempo, influyen favorables las estrellas ni acuden a Calíope los caprichos.

El alférez Luis de Valdés a Mateo Alemán

Elogio

Como si no fuesen hermanas las armas y las letras, así me querrá decir algún bachiller que siga la milicia y deje los elogios, pareciéndole negocio muy diferente. Pues ya le podría señalar no uno, pero Césares muchos y tan diestros en las letras, como bien disciplinados en las armas. Y para quitarles la ocasión, que no digan me adelantó en usurpar oficio de orador, teniéndome por demasadamente atrevido, me iré apartando de su peligroso estilo, adular y ostentar, acoguéndome a lo seguro de mis trincheras en referir la verdad, tan propio en un soldado como la espada y el coselete. Seré un eco, ya que no cronista, de lo que vi, oí, traté y supe, dondequiera que me hallé, que ha sido en muchas y diferentes naciones. Cumpliré con mi deseo sin poder ser calumniado, hallándome para mí desinteresado y libre; que siempre amor, interés o miedo corrompieron la justicia. Mas como sea tan justo premiarse los trabajos, animando a los virtuosos con un grito siquiera, como en la guerra, dándole por paga un agradecimiento, que siendo verdadero es un verdadero tesoro, he querido, viendo tan dormidos a tantos, tomar la pluma por ellos, aunque menos obligado al común parecer, en razón de mi profesión; mas al mío, ninguno me la gana.

Todos le somos deudores y justamente merece de todos dignas alabanzas, pues lo conocemos por el primero que hasta hoy con estilo semejante ha sabido descomulgar los vicios con tal suavidad y blandura, que siendo para ellos un áspid ponzoñoso, en dulce sueño les quita la vida. Ofrecer píldoras de acíbar para descargar la cabeza, muchos médicos lo hacen, y pocos o ningún enfermo han gustado de mascarla ni tocarla con la lengua y adularla de modo que, poniendo deseos de comerla, causando general golosina, sólo Mateo Alemán le halló el punto, enseñando sus obras cómo sepamos gobernar las nuestras, no con pequeño daño de su salud y hacienda, consumiéndolo en estudios. Y podremos decir de él no haber soldado más po-

bre, ánimo más rico ni vida más inquieta con trabajos que la suya, por haber estimado en más filosofar pobremente, que interesar adulando. Y como sabemos dejó de su voluntad la Casa Real, donde sirvió casi veinte años, los mejores de su edad, oficio de Contador de resultas de su Majestad el rey Felipe II, que está en gloria, y en otros muchos muy graves negocios y visitas que se le cometieron, de que siempre dio toda buena satisfacción, procediendo con tanta rectitud, que llegó a quedar de manera pobre que, no pudiendo continuar sus servicios con tanta necesidad, se retrajo a menos ostentación y obligaciones.

Empero, si por aquí careció de bienes de fortuna, no le faltan dotes en el alma, que son de mucho mayor estimación y precio, y ninguno podrá preciarse de más glorias. Oigan las lenguas de los hombres y las verán pregonar sus alabanzas, no menos en España, donde no es pequeña maravilla consentir profeta de su nación, mas en toda Italia, Francia, Flandes y Alemania, de que puedo deponer de oídas y vista juntamente, y que jamás oí mentar su nombre sin grandioso epíteto, hasta llamarle muchos “el español divino”. ¿Quién como él en menos de tres años y en sus días vio sus obras traducidas en tan varias lenguas, que, como las cartillas en Castilla, corren sus libros por Italia y Francia? ¿Qué autor escribió, que al tiempo y cuando quiso sacar sus trabajos a luz, apenas habían salido del vientre de la imprenta, cuando —como dicen— entre las manos de la comadre no quedasen ahogadas y muertas? Y las que salieron vivas, que alcanzaron a gozar de alguna vida, ¿cuáles, como las de nuestro autor, salieron con tan ligeras alas, que hiriendo las de la fama la hiciesen volar con tal velocidad por todo el mundo, sin dejar tan remota provincia donde con ellas no hayan llegado y se les haya hecho famoso recibimiento? ¿De cuáles obras en tan breve tiempo se vieron hechas tantas impresiones, que pasan de cincuenta mil cuerpos de libros los estampados y de veinte y seis impresiones las que han llegado a mi noticia que se le han hurtado, con que muchos han enriquecido,

dejando a su dueño pobre? ¿A quién, sino para él, halló cerradas las puertas la murmuración, o quién supo tan bien hacer huir la malicia?

Si esto es así o si para las evidentes matemáticas es necesaria prueba de testigos, dígalos el mejor del mundo, la universidad insigne de Salamanca, donde celebrándolo allí los mejores ingenios de ella, les oí a muchos que, como a su Demóstenes los griegos y a Cicerón los latinos, puede la lengua castellana tener a Mateo Alemán por príncipe de su elocuencia, por haberla escrito tan casta y diestramente con tantas elegancias y frasis. Bien lo sintió ser así un religioso agustino, tan discreto como docto, que sustentó en aquella universidad, en un acto público, no haber salido a luz libro profano de mayor provecho y gusto hasta entonces, que la primera parte de este libro.

Testifica esta verdad el valenciano que, negando su nombre, se fingió Mateo Luján, por asimilarse a Mateo Alemán. Y aunque lo pudo hacer en el nombre y patria, en las obras no le fue posible, sin que se descubriese su malicia y haberlo hecho movido de codicia del interés que se le pudo seguir: no sería poco, pues en el mismo año que salió lo compré yo en Flandes impreso en Castilla, creyendo ser legítimo, hasta que, a poco leído, mostró las orejas fuera del pellejo y fue conocido.

Dejemos esto y dígame de los que, admirados de tanta profundidad, lo quisieron ahijar a diferentes padres tan doctos y supuestos tan graves, que anduvieron buscándole cada uno el de más vivo ingenio, más docto y de singular elocuencia, de quien tuvo concepto que pudiera hacer obra tan peregrina y admirable. Que todo arguye y cambia en mayor gloria de su verdadero autor.

Ya saldrán de su duda cuando hayan visto su San Antonio de Padua, que por voto que le hizo de componer su vida y milagros tardó tanto en sacar esta segunda parte. Verán cuán milagrosamente trató de ellos, y aun se podía decir de milagro, pues yéndolo imprimiendo y faltando la materia, supe por cosa cierta que de anteanoche componía lo que se había de tirar en la jornada siguiente, por tener ocupación forzosa en que asistir el día necesariamente. Y en aquellas

breves horas de la noche le vieron acudir a lo forzoso de sus negocios, a contar y escoger papel para dar a los impresores, a componer la materia para ellos y a otras cosas importantes a su persona y casa, que cualquiera de estas ocupaciones pedían un hombre muy entero. Y lo que de esta manera escribió, que fue todo el tercero libro —no obstante que todo él enteramente es en lo que más mostró el océano de su ingenio, pues en él hallarán un riquísimo tesoro de varias historias, moralizadas y escritas con su elegancia, que es con lo que más puedo encarecerlo—, es el esmalte que se descubre más en aquella joya, como lo dicen cuantos de ella pudieron alcanzar parte.

¿Qué diré, pues, ahora de esta segunda de su Guzmán de Alfarache y tiempo en que la compuso, que parece imposible, por apartarse de la que antes había hecho, por habérsela querido contrahacer con la relación que de ella tuvieron? Ésta dará testimonio de sí, enfrenando a los atrevidos que con tanta temeridad se quieren despeñar vanamente. Si todo lo dicho es verdad; si lo aprueban los doctos, no negándolo el vulgo; si lo confiesa el mundo, porque halla cada uno lo que su gusto le pide, que por tan dificultoso lo pinta Horacio; si debajo de nombre profano escribe tan divino, que puede servir a los malos de freno, a los buenos de espuelas, a los doctos de estudio, a los que no lo son de entretenimiento y, en general, es una escuela de fina política, ética y económica, gustosa y clara, para que como tal apetecida la busquen y lean, ¿qué le doy? ¿Qué hago en esto más de pagarle lo que tan justamente se le debe?

¡Oh Sevilla dichosa, que puedes entre tus muchas grandezas y como una de las mayores engrandecerte con tal hijo, cuyos trabajos y estudios indefensos, igualándose a los más aventajados de los latinos y griegos, han merecido que las naciones del universo, celebrando su nombre, con digno lauro le canten debidas alabanzas!

Al libro et al auctore, fatto da un suo amico

Sotto una bella et poetica fintione
con troppo ingegno e arte fabricata,
non manco degna d'esser celebrata,
che la Metamorphosis di Nasone,
la vita scelerata d'un poltrone
vedrai con alto stil fabuleggiata,
acció che la virtù sia cercata,
lasciato il vitio, d'ogni mal cagione.
Proccaccia, come accorto uccelatore,
col battuto e pentito prigioniero
pigliar ogni cattivo il saggio auctore,
le cui lodi cantara volontiero:
ma per lor moltitudine e splendore,
bisogna che le canti un altro Homero.

Fratris custodii lupi, lusitani, ordinis sanctissimae trinitatis, de libri utilitate

Epigramma

Sunt duo quae pariter virtus perfecta requirit:
Quod prave nunquam, quod bene semper agas.
Haec tibi si cupias ullo ne tempore desint,
Auctoris geminum perlege, lector, opus.
Antoni nunquam ponat tua dextera librum
Nec tibi Guzmani pagina displiceat.
Si referas divi mores, infanda prophani
Si scelera abiicias, omnia puncta feres.
Reddite Matthaeo grato pro munere grates,
Quo duce conspicuum fit pietatis iter.
Planius hoc fiet, postquam ex incudibus auctor
Sustulerit plenos utilitate libros.

Del mismo

Soneto

La Vida de Guzmán, mozo perdido,
por Mateo Alemán historiada,
es una voz del cielo al mundo dada
que dice: “Huid de ser lo que éste ha sido.”
Señal es del peligro conocido
adonde fue la nave zozobrada,
con que la sirte queda señalada
por donde a tantos males ha venido.
El delicado estilo de su pluma
advierte en una vida picaresca
cuál deba ser la honesta, justa y buena.
Esta ficción es una breve suma,
que, aunque entretenimiento nos parezca,
de morales consejos está llena.

**Ad Matthaëum Alemanum de suo Guzmano
RUY FERNANDEZ DE ALMADA**

Vilibus exemplis Pharii quid grandia caelant?
Planaque cur simulant abditiore typo?
Nempe vetant Sophiae mysteria prodere vulgo
Intimiusque animo pressa figura manet.
His ducibus, Guzmane, geris, ceu Proteus alter,
Plana sub obscuro, magna minore typo.
Ergo cum scite, [matthaïe], [mathémata] dones,
Te sibi [mátaion] Hispalis alma canat.

Ioannis Riberii Lusitani ad Auctorem

Laus, Matthaeae, tibi superest post fata perennis,
Quam nullo minuet tempore tempus edax.
Orbe pererrato virtutem extenderce factis,
Pactum ingens, opus est Martis et artis opus.
Fortunam maior variam superare labore,
Herculeis maior viribus iste labor.
Maius opus, maior labor est coluisse Minervam:
Maior et ex propio condere Marte libros.
Heroas decorare solent duo nomina, Mars, Ars:
Munera tu pariter Martis et Artis habes.
Mars dedit invictum, quo tendis ad ardua, pectus;
Excoluit mentem docta Minerva tuam.
Ingenii monumenta tui super aethera nota
Testantur larga praestita dona manu.
Multa Hispana canit Musa; atqui nullus Ibera
Dogmata pinxit adhuc [phérteros en méthodo].
Testis hic est codex modico qui venditur aere:
Attalicas superant, quas dabit emptus, opes.
Cuius ab aspectu morsus compressit inanes.
Invidia, heu multis iniuriosa nimis.
Zoile, transverso calamo qui vulnera figis,
I procul; en contra numina bella paras?
Contra Mercurium, Phoebum contraque Minervam,
Mortalis poterit tela movere manus?
Quisquis avarus ades, redimis qui sanguine gemmas,
Gemma tibi parvo venditur aere, veni.
Hauris ab effossa pretiosa pericula terra:
Hic liber arcanas fundet et addet opes.
Decolor est dives, fulvo quod pallet in auro:
Non sunt divitiae delitiaeque simul.
At liber hic auri venis qui pulcher abundat,

Nunc tibi delicias divitiasque dabit.
Aureus hic certe gemma est pretiosa libellus;
Quis tenui gemmam respuas aere datam?

El licenciado Miguel de Cárdenas Calmaestra a Mateo Alemán

Soneto

Que entre las armas del heroico Aquiles
templen su lira el griego y mantüano,
y entone el verso el cordobés Lucano
para las disensiones más civiles;
que con sentencias graves y sutiles
alumbre al mundo el orador romano,
y entre la fértil pluma del toscano,
sabia Helicon, tu licor destiles,
hazaña es alta y mucha gallardía,
aunque los hizo fáciles y prestos
la ocasión, los sujetos y la historia.
Pero que de la humilde picardía
Mateo Alemán levante a todos éstos,
ejemplo es digno de immortal memoria.

Libro primero

Donde cuenta lo que le sucedió desde que sirvió al embajador, su señor, hasta que salió de Roma

Capítulo I

Guzmán de Alfarache disculpa el proceso de su discurso, pide atención y da noticia de su intento

Comido y reposado has en la venta. Levántate, amigo, si en esta jornada gustas de que te sirva yendo en tu compañía; que, aunque nos queda otra para cuyo dichoso fin voy caminando por estos pedregales y malezas, bien creo que se te hará fácil el viaje con la cierta promesa de llevarte a tu deseo. Perdona mi proceder atrevido, no juzgues a descomedimiento tratarte de esta manera, falto de aquel respeto debido a quien eres. Considera que lo que digo no es para ti, antes para que lo reprehendas a otros que como yo lo habrán menester.

Hablando voy a ciegas y dirásme muy bien que estoy muy cerca de hablar a tontas, pues arronjo la piedra sin saber adónde podrá dar, y diréte a esto lo que decía un loco que arronjaba cantos. Cuando alguno tiraba, daba voces diciendo: “¡Guarda, hao!, ¡guarda, hao!, todos me la deben, dé donde diere.” Aunque también te digo que como tengo las hechas tengo sospechas. A mí me parece que son todos los hombres como yo, flacos, fáciles, con pasiones naturales y aun extrañas. Que con mal sería, si todos los costales fuesen tales. Mas como soy malo, nada juzgo por bueno: tal es mi desventura y de semejantes.

Convierto las violetas en ponzoña, pongo en la nieve manchas, maltrato y sobajo con el pensamiento la fresca rosa. Bien me hubiera sido en alguna manera no pasar con este mi discurso adelante, pues además que tuviera escusado el serte molesto, no me fuera necesario pedirte perdón, para ganarte la boca y conseguir lo que más aquí pretendo; que aún muchos y quizá todos los que comieron la man-

zana lo juzgarán por impertinente y superfluo; empero no es posible. Porque, aunque tan malo cual tienes de mí formada idea, no puedo persuadirme que sea cierta, pues ninguno se juzga como lo juzgan. Yo pienso de mí lo que tú de ti. Cada uno estima su trato por el mejor, su vida por la más corregida, su causa por justa, su honra por la mayor y sus elecciones por más bien acertadas.

Hice mi cuenta con el almohada, pareciéndome, como es verdad, que siempre la prudente consideración engendra dichosos acaecimientos; y de acelerarse las cosas nacieron sucesos infelices y varios, de que vino a resultar el triste arrepentimiento. Porque dado un inconveniente, se siguen de él infinitos. Así, para que los fines no se yerren, como casi siempre sucede, conviene hacer fiel examen de los principios, que hallados y elegidos, está hecha la mitad principal de la obra y dan de sí un resplandor que nos descubre de muy lejos con indicios naturales lo por venir. Y aunque de suyo son en sustancia pequeños, en virtud son muy grandes y están dispuestos a mucho, por lo cual se deben dificultar cuando se intentan, procurando todo buen consejo. Mas ya resueltos una vez, por acto de prudencia se juzga el seguirlos con osadía, y tanto mayor, cuanto fuere más noble lo que se pretende con ellos.

Y es imperfección y aun liviandad notable comenzar las cosas para no fenecerlas, en especial si no las impiden súbitos y más graves casos, pues en su fin consiste nuestra gloria. La mía ya te dije que sólo era de tu aprovechamiento, de tal manera que puedas con gusto y seguridad pasar por el peligroso golfo del mar que navegas. Yo aquí recibo los palos y tú los consejos en ellos. Mía es la hambre y para ti la industria como no la padezcas. Yo sufro las afrentas de que nacen tus honras.

Y pues has oído decir que aqueese te hizo rico, que te hizo el pico, haz por imitar al discreto yerno que sabe con blandura granjear del duro suegro que le pague la casa, le dé mesa y cama, dineros y esposa con quien se regale, abuelos que como esclavos y truhanes críen, sirvan y entretengan a sus hijos. Ya tengo los pies en la barca,

no puedo volver atrás. Echada está la suerte, prometido tengo y — como deuda— debo cumplirte la promesa en seguir lo comenzado.

El sujeto es humilde y bajo. El principio fue pequeño; lo que pienso tratar, si como buey lo rumias, volviéndolo a pasar del estómago a la boca, podría ser importante, grave y grande. Haré lo que pudiere, satisfaciendo al deseo. Que hubiera servido de poco alborotar tu sosiego habiéndote dicho parte de mi vida, dejando lo restante de ella.

Muchos creo que dirán o ya lo han dicho: “Más valiera que ni Dios te la diera ni así nos la contaras, porque siendo notablemente mala y distraída, fuera para ti mejor callarla y para los otros no saberla.” Lejos vas de la verdad, no aciertas con la razón en lo que dices ni creo ser sano el fin que te mueve; antes me causa sospecha que, como te tocan en el aj y aun con sólo el amagarte, sin que te lleguen te lastiman. Que no hay cuando al disciplinante le duela y sienta más la llaga que se hizo él propio, que cuando se la curan otros.

O te digo verdades o mentiras. Mentiras no y a Dios pluguiera que lo fueran, que yo conozco de tu inclinación que holgaras de oír-las y aun hicieras espuma con el freno); digo verdades y hácensete amargas. Pícaste de ellas, porque te pican. Si te sintieras con salud y a tu vecino enfermo, si diera el rayo en casa de Ana Díaz, mejor lo llevaras, todo fuera sabroso y yo de ti muy bien recibido. Mas para que no te me deslices como anguilla, yo buscaré hojas de higuera contra tus bachillerías. No te me saldrás por esta vez de entre las manos.

Digo —si quieres oírlo— que aquesta confesión general que hago, este alarde público que de mis cosas te represento, no es para que me imites a mí; antes para que, sabidas, corrijas las tuyas en ti. Si me ves caído por mal reglado, haz de manera que aborrezcas lo que me derribó, no pongas el pie donde me viste resbalar y sírvate de aviso el tropezón que di. Que hombre mortal eres como yo y por ventura no más fuerte ni de mayor maña. Da vuelta por ti, recorre a espacio y con cuidado la casa de tu alma, mira si tienes hechos mu-

ladares asquerosos en lo mejor de ella y no espulgues ni murmurés que en casa de tu vecino estaba una pluma de pájaro a la subida de la escalera.

Ya dirás que te predico y que cuál es el necio que se cura con médico enfermo. Pues quien para sí no alcanza la salud, menos la podrá dar a los otros. ¿Qué condito cordial puede haber en el colmillo de la víbora o en la puntura del alacrán? ¿Qué nos podrá decir un malo, que no sea malo?

No te niego que lo soy; mas aconteceráme contigo lo que al diestro trinchante a la mesa de su amo, que corta curiosa y diligentemente la pechuga, el alón, la cadera o la pierna del ave y, guardando respeto a las calidades de los convidados a quien sirve, a todos hace plato, a todos procura contentar: todos comen, todos quedan satisfechos, y él solo sale cansado y hambriento.

A mi costa y con trabajos propios descubro los peligros y sirtes para que no embistas y te despedaces ni encalles adonde te falte remedio a la salida. No es el rejalar tan sin provecho, que deje de hacerlo en algo. Dineros vale y en la tienda se vende. Si es malo para comido, aplicado será bueno. Y pues con él emponzoñan sabandijas dañosas, porque son perjudiciales, atriaca sería mi ejemplo para la república, sí se atosigasen estos animalazos fieros, aunque caseros y al parecer domésticos, que aqueso es lo peor que tienen, pues figurándosenos humanos y compasivos, nos fiamos de ellos. Fingen que lloran de nuestras miserias y despedazan cruelmente nuestras carnes con tiranías, injusticias y fuerzas.

¡Oh si valiese algo para poder consumir otro género de fieras! Éstos que lomienhustos y descansados andan ventoleros, desempeñando calles, trajinando el mundo, vagabundos, de tierra en tierras, de barrio en barrios, de casa en casas, hechos espumaollas, no siendo en parte alguna de algún provecho ni sirviendo de más que —como los arrieros en la alhóndiga de Sevilla— de meter carga para sacar carga, llevando y trayendo mentiras, aportando nuevas, parlando chismes, levantando testimonios, poniendo disensiones, quitando las

honras, infamando buenos, persiguiendo justos, robando haciendas, matando y martirizando inocentes. ¡Hermosamente parecieran, si todos perecieran! Que no tiene Bruselas tapicería tan fina, que tanto adorne ni tan bien parezca en la casa del príncipe, como la que cuelgan los verdugos por los caminos.

Premios y penas conviene que haya. Si todos fueran justos, las leyes fueran impertinentes; y si sabios, quedaran por locos los escritores. Para el enfermo se hizo la medicina, las honras para los buenos y la horca para los malos. Y aunque conozco ser el vicio tan poderoso, por nacer de un deseo de libertad, sin reconocimiento de superior humano ni divino, ¿qué temo, si mis trabajos escritos y desventuras padecidas tendrán alguna fuerza para enfrenar las tuyas, produciendo el fruto que deseo? Pues viene a ser vano y sin provecho el trabajo que se toma por algún respeto, si no se consigue lo que con él se pretende.

Mas como ni el retórico siempre persuade ni el médico sana ni el marinero aporta en salvamento, habréme de consolar con ellos, cumplidas mis obligaciones, dándote buenos consejos y sirviéndote de luz, como el pedreñal herido, que la sacan de él para encenderla en otra parte, quedándose sin ella. De la misma forma el malo pierde la vida, recibe castigos, padece afrentas, dejando a los que lo ven ejemplo en ellas.

Quiero volverme al camino, que se me representa en este lugar lo que a los labradores y aun a los muy labrados cortesanos, cuando pasan por la Ropería, si acaso alzan los ojos a mirar, que luego se arriman a ellos. Unos les tiran y otros estiran, allí los llevan y acullá los llaman y no saben con cuáles ir seguramente. Porque, pareciéndoles que todos engañan y mienten, de ninguno se fían y andan muy cuerdos en ello. Yo sé muy bien el porqué y lo que venden lo dice a voces. Ahora bien, démosles lado, dejémoslos pasar, siquiera por las amistades que un tiempo me hicieron en comprarme prendas que nunca compré, dándome dineros a buena cuenta de lo que les había

de vender y enseñándome a hacer de la noche a la mañana ropillas de capas, vendiendo los retazos para echar soletas.

O lo que suele suceder al descuidado caminante que, sin saber el camino, salió sin preguntarlo en la posada y, cuando tiene andada media legua, suele hallarse al pie de una cruz, que divide tres o cuatro sendas a diferentes partes; y, empinándose sobre los estribos, torciendo el cuerpo, vuelve la cabeza, mirando quién le podrá decir por dónde ha de caminar; mas, no viendo a quien lo adiestre, hace consideración cosmógrafa, eligiendo a poco más o menos la que le parece ir más derecha hacia la parte donde camina.

Veo presentes tantos y tan varios gustos, estirando de mí todos, queriéndome llevar a su tienda cada uno y sabe Dios por qué y para qué lo hace. Pide aquí dulce, aquí acedo, uno hace freír las aceitunas, otro no quiere sal ni aun en el huevo. Y habiendo quien guste de comer los pies de la perdiz tostados al humo de la vela, no falta quien dice que no crió Dios legumbre como el rábano.

Así lo vimos en cierto ministro papalista, largo en palabras y corto de verdades, avariento por excelencia. El cual, como se mudase de una posada en otra, después de llevada la ropa y trastos de casa, se quedó solo en ella, rebuscándola y quitando los clavos de las paredes. Acertó a entrar en la cocina, donde halló en el ala de la chimenea cuatro rábanos añejos, que como tales los dejaron perdidos y sin provecho. Juntólos y atólos y con mucho cuidado los llevó a su mujer, y con cara de herrero le dijo: “Así se debe de ganar la hacienda, pues así se deja perder. Como no lo trajiste en dote, de todo se os da nada. ¿Veis esta perdición? Guarda esos rábanos, que dinero costaron, y volvedlos a echar a mal, perdida, que yo lo soy harto más en consentir que por junto se traiga un manojo a casa.” La mujer los guardó y aquella noche, por no tenerla negra con pendencia, los hizo servir a la mesa. Y comiéndolos el marido, dijo: “Ahora, por Dios, hermana, que sobre todos los gustos tiene lugar principal el de los rábanos añejos, que cuanto más lacios, mejor saben. Si no, probad

uno déstos.” Y haciéndole fuerza, la obligó a comerlo, contra toda su voluntad y con asco.

Gentes hay que no se contentan con loar aquello que dicen aplacerles, ya sea por lo que fuere, sino que quieren que los otros lo hagan y que a su pesar sepa bien y se lo alaben y juntamente con esto que vituperen el gusto ajeno, sin considerar que son los gustos varios, como las condiciones y rostros, que si por maravilla se hallaren dos que se parezcan, es imposible hallarlos en todo iguales.

Así habré de hacer aquí lo que me aconteció en una comedia, donde por ser de los primeros, vine a ser de los delanteros y, como tras de mí hubiese otros no tan bien dispuestos, me decían que me hiciese a un lado y, en meneándome un poco, se quejaban otros a quien hacía también estorbo. Los unos y los otros me ponían a su modo, porque todos querían ver, de manera que, no sabiendo cómo acomodarme acomodándolos, hice orejas de mercader; púseme de pie derecho y cada uno alcanzase como mejor pudiese.

Querrían el melancólico, el sanguino, el colérico, el flemático, el compuesto, el desgarrado, el retórico, el filósofo, el religioso, el perdido, el cortesano, el rústico, el bárbaro, el discreto y aun la señora Doña Calabaza que para sola ella escribiese a lo fruncido y que con sólo su pensamiento y a su estilo me acomodase. No es posible; y seráme necesario, además de hacer para cada uno su diferente libro, haber vivido tantas vidas cuantos hay diferentes pareceres. Una sola he vivido y la que me achacan es testimonio que me levantan.

La verdadera mía iré prosiguiendo, aunque más me vayan persiguiendo. Y no faltará otro Gil para la tercera parte, que me arguya como en la segunda de lo que nunca hice, dije ni pensé. Lo que le suplico es que no tome tema ni tanta cólera conmigo que me ahorque por su gusto, que ni estoy en tiempo de ello ni me conviene. Déjeme vivir, pues Dios ha sido servido de darme vida en que me corrija y tiempo para la enmienda. Servirán aquí mis penas para excusarte de ellas, informándote para que sepas encadenar lo pasado y presente

con lo venidero de la tercera parte y que, hecho de todo un trabado contexto, quedes cual debes, instruido en las veras.

Que sólo éste ha sido el blanco de mi puntería y descubro el de mi pensamiento a los que se sirvieren de excusarme del trabajo. Empero sea de manera que se puedan gloriarse del suyo, que tengo por indecente negar un autor su nombre, apadrinando sus obras con el ajeno. Que será obligarme escribir otro tanto, para no ser tenido por tonto cargándome descuidos ajenos. Esto se quede, porque no parezca dicho con cuidado ni más de por haber venido a propósito.

Mas volviendo al nuestro, digo que cada uno haga su plato y pasto de lo que le sirviéremos en esta mesa, dejando para otros lo que no le supiere bien o no abrazare su estómago. Y no quieran todos que sea este libro como los banquetes de Heliogábalo, que se hacía servir de muchos y varios manjares; empero todos de un solo pasto, ya fuesen pavos, pollos, faisanes, jabalí, peces, leche, yerbas o conservas. Una sola vianda era; empero, como el maná, diferenciada en gustos. Aunque los del maná eran los que cada uno quería y esotros los que les daba el cocinero, conforme a la torpe gula de su amo.

Con la variedad se adorna la naturaleza. Eso hermosea los campos, estar aquí los montes, allí los valles, acullá los arroyos y fuentes de las aguas. No sean tan avarientos, que lo quieran todo para sí. Que yo he visto en casa de mis amos dar libreas y al paje pequeño tan contento con la suya, en que no entró tanta seda, como el grande que la hubo menester doblada por ser de más cuerpo.

Determinado estoy de seguir la senda que me pareciere atinar mejor al puerto de mi deseo y lugar adonde voy caminando. Y tú, discreto huésped que me aguardas, pues tienes tan clara noticia de las miserias que padece quien como yo va peregrinando, no te desdeñes cuando en tu patria me vieres y a tu puerta llegare desfavorecido, en hacerme aquel tratamiento que a tu propio valor debes. Pues a ti sólo busco y por ti hago este viaje; no para hacerte cargo de él ni con ánimo de obligarte a más de una buena voluntad, que naturalmente

debes a quien te la ofrece. Y si de ti la recibiere, quedaré con satisfacción pagado y deudor, para rendirte por ella infinitas gracias.

Mas el que por oírmelas está deseoso de verme, mire no le acontezca lo que a los más que curiosos que se ponen a escuchar lo que se habla de ellos, que siempre oyen mal. Porque con oro fino se cubre la píldora y a veces le causará risa lo que le debiera hacer verter lágrimas. Demás que, si quisiere advertir la vida que paso y lugar adonde quedo, conocerá su demasía y daráme a conocer su poco talento. Póngase primero a considerar mi plaza, la suma miseria donde mi desconcierto me ha traído; represéntese otro yo y luego discurra qué pasatiempo se podrá tomar con el que siempre lo pasa —preso y aherrojado— con un renegador o renegado cómitre. Salvo si soy para él como el toro en el coso, que sus garrochadas, heridas y palos alegran a los que lo miran, y en mí lo tengo por acto inhumano.

Y si dijeres que hago ascos de mi propio trato, que te lo vendo caro haciéndome de rogar o que hago melindre, pesaráme que lo juzgues a tal. Que, aunque es notoria verdad haber servido siempre al embajador, mi señor, de su gracioso, entonces pude, aunque no supe, y, aunque ahora supiese, no puedo, porque tienen mucha costa y no todo tiempo es uno. Mas, para que no ignores lo que digo y sepas cuáles eran mis gracias entonces y lo que ahora sería necesario para ellas, oye con atención el capítulo siguiente.